

¡Mamá se va de viaje!

Coral Herrera Gómez



Tengue'

PAPÁ

Julián es maquinista de tren. Es un hombre soñador, honesto y trabajador. Le gusta aprender cosas nuevas, bucear en el mar y leer libros.

MAMÁ

Mariana es abogada y sabe mucho de leyes. Es una mujer inteligente, cariñosa, valiente y bondadosa. Le gusta nadar, caminar en la montaña y escuchar música.

FEDE

Fede es el mellizo de Kika: los dos se parecen físicamente, y es creativo, tímido, generoso y sensible. Le encanta estar al aire libre, ayudar a la gente, y su gran pasión son los arco iris y los libros.

KIKA

Tiene 7 años, es muy inteligente, cariñosa y decidida. Le encanta destripar aparatos, ama a los animales, colecciona minerales y está muy preocupada por la salud del planeta.

MANU

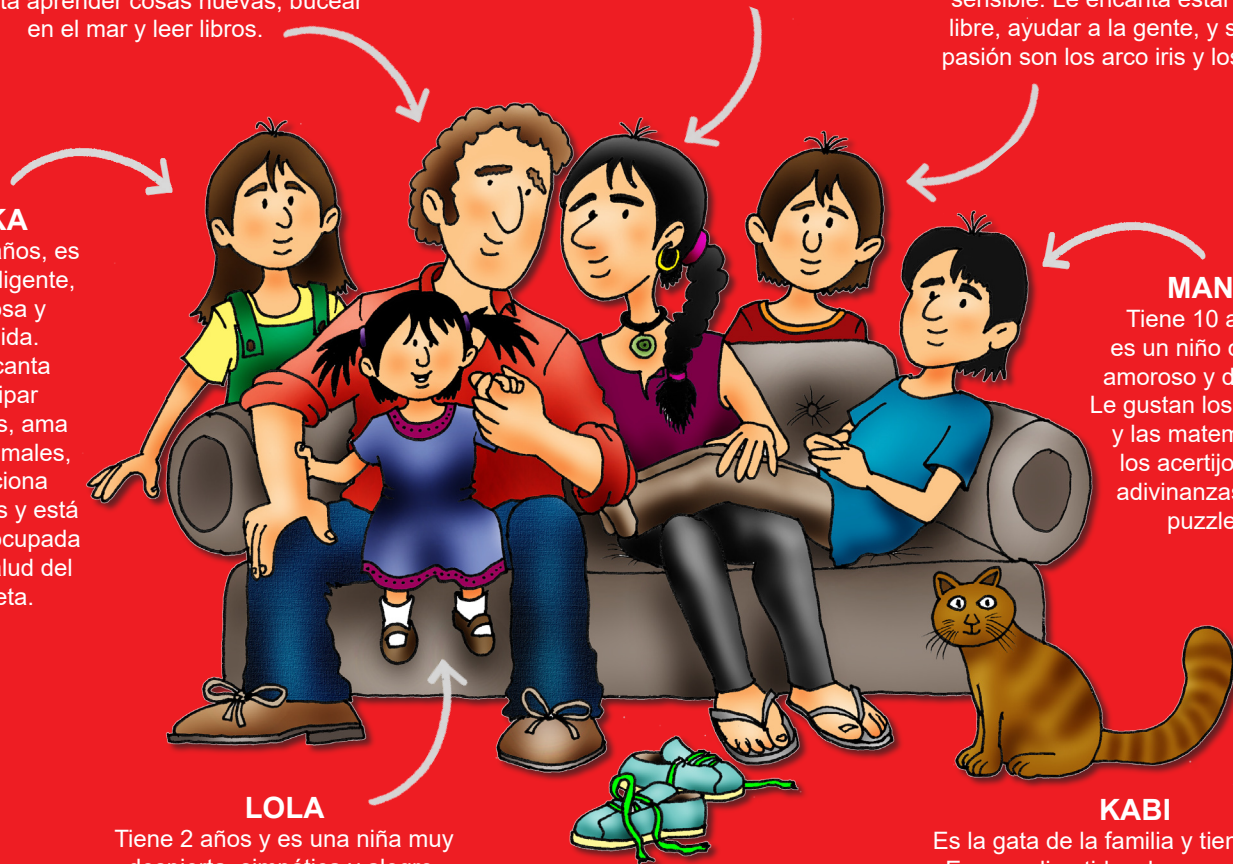
Tiene 10 años y es un niño curioso, amoroso y divertido. Le gustan los números y las matemáticas, los acertijos y las adivinanzas, y los puzzles.

LOLA

Tiene 2 años y es una niña muy despierta, simpática y alegre. Siempre hace reír a su familia, y le gusta mucho cantar, hacer torres con bloques y jugar en el agua.

KABI

Es la gata de la familia y tiene 4 años. Es muy divertida y le encanta jugar, duerme muchas horas y le gusta quedarse en la ventana viendo volar a los pájaros.



Capítulo 1

LA NOTICIA

Mi nombre es Manu, y os voy a contar una cosa que pasó en mi familia y que nos cambió la vida a todos.

Un día Mamá, al terminar de comer, nos contó que hacía quince años ella y sus amigas Tere, Raquel, María, Noelia, Eva y Juana hicieron uno de los viajes más hermosos y divertidos del mundo.



Fue un viaje inolvidable: acamparon en la montaña, se bañaron en el río, escalaron rocas, dieron hermosos paseos, cantaron a la luz de la hoguera, contaron miles de estrellas, se rieron mucho y se hicieron muchas fotos.

Al terminar el viaje, antes de volver al pueblo a coger el bus, se hicieron una promesa: volverían a juntarse en aquel hermoso lugar quince años después para celebrar su amistad.

Mamá sonreía al hablarnos de su viaje y nos contó muy ilusionada que en unos días se cumplía la fecha que se habían marcado para repetir ese viaje tan bonito, y que se iba a ir un fin de semana con ellas.

A todos se nos borró la sonrisa de la cara.

Nos dimos cuenta de que Mamá quería realmente ir a las montañas, y nos sentíamos extraños imaginándonos tres o cuatro días ¡y cuatro noches! sin ella.

Papá no estaba nada contento y le dijo que quizás no era el mejor momento:

—Mariana, cuando planeasteis el viaje erais jóvenes y no teníais pareja, ahora tenéis hijos e hijas, y ya tenéis unas responsabilidades.

—Julián, cariño, tú te fuiste a bucear el verano

pasado con tus amigos, estuviste tres días, y yo me las apañé bien, te animé a que te fueras y cuando volviste te recibimos todos con una gran sonrisa.

Papá se quedó un poco cortado porque no se acordaba.

—Ah, sí, pero no es lo mismo.

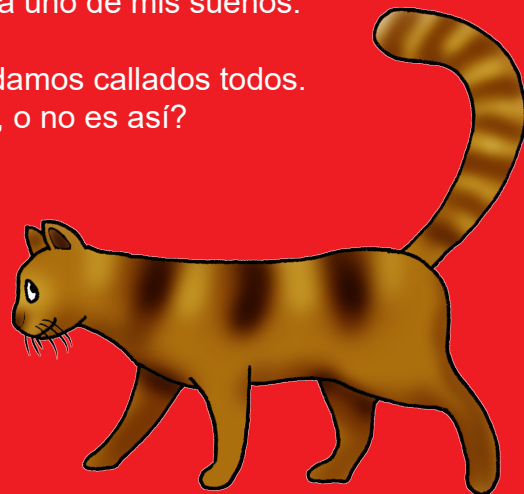
—¿Por qué no es lo mismo? Tú te fuiste un fin de semana, yo me voy un fin de semana.

—Es que no es lo mismo, Mariana, de verdad, nosotros los hombres...

—¿Vosotros los hombres sí podéis ir de viaje, y nosotras las mujeres no?, ¿cuál es el motivo? Tú sabes cuidar de los niños igual de bien que yo, sé que vais a estar todos bien porque eres un gran papá y sé que a todos os hace felices que yo cumpla uno de mis sueños.

Nos quedamos callados todos.

—¿Es así, o no es así?



–Si, mamá –dije yo–. Nosotros queremos verte feliz.

–Claro que sí, me merezco ser feliz. Desde que soy mamá no he podido hacer ningún viaje con mis amigas y esta fecha es muy especial para nosotras porque, además, cumplimos 25 años de amistad.

–¡¡Veinticinco años!! –gritó Kika– ¿Cómo es posible, Mamá?

–Hija, es que el tiempo pasa muy deprisa, casi sin darte cuenta. Nos conocimos en la Universidad y seguimos siendo amigas, y por eso seguimos queriendo viajar juntas.

–Yo también quiero viajar con mis amigas cuando sea mayor –dijo Kika.

–Pues yo también quiero que mis amigas y amigos me duren 25 años –dijo Fede.

–Para que te duren tanto tienes que cuidarles mucho y, sobre todo, dedicarles tiempo.

Papá se levantó de la mesa con cara muy seria. Estaba enfadado.

Mamá se fue a hablar con él al jardín. Él decía que no veía bien lo del viaje y ella decía que le hacía muchísima ilusión, y que quería que la apoyáramos.

Acabaron los dos llorando: Papá se puso a regar el huerto y Mamá volvió a la cocina con nosotros, pero estaba muy triste.

Yo también me sentía triste.



Capítulo 2

HABLANDO CON MAMÁ

Lola dormía abrazada a Kabi en el sofá, y los gemelos se fueron a jugar a su habitación. Yo me quedé solo con Mamá.

—Mamá, ¿por qué Papá no quiere que te vayas?,

—No sé, cariño.

—Yo no quiero que te vayas, ¿sabes?, pero por otro lado, si tú lo necesitas, entiendo que te quieras ir. O sea, por un lado quiero que seas feliz y por otro quiero que te quedes con nosotros.

—Creo que a Papá le pasa un poco eso.

—Mamá, ¿será que tiene miedo de que no vuelvas?

—¡Por supuesto que voy a volver! Son sólo tres días.

—Es raro para mí, imaginarte de viaje, y voy a estar un poco triste cuando no estés, pero sé que tú eres muy feliz cuando te juntas con tus amigas, como yo cuando me junto con los míos.

—Gracias, mi amor. Cuando vuelva nos va a dar



mucha alegría juntarnos de nuevo.

–Sí... –me quedé pensando en ese momento.

–¿Recuerdas cuando Papá se fue a bucear con sus amigos? Cocinamos pizza que es su comida favorita y le hicimos una bonita fiesta de bienvenida, lo pasamos muy bien, y Papá nos dijo que se sentía muy feliz.

–Sí, me acuerdo. ¡Claro!, tú también vendrás contenta.

–¡Eso es, mi vida! –dijo mamá.

–Si él se puede ir con sus amigos, tú también, Mamá. Es justo que ambos podáis hacer lo mismo.

–Eso es. Las Mamás también podemos viajar, hacer deporte con las amigas, desconectar un poco del día a día. Este año ha sido muy duro para mí, porque no he parado de trabajar en casa y fuera de casa, necesito descansar y quiero más tiempo libre para disfrutar.

–Todas las Mamás se merecen descansar –dije yo–. Y tú y tus amigas sois mamás maravillosas.

– Gracias cariño.

– Mamá, ellas te quieren mucho.

–Y yo a ellas.

Mamá me estuvo contando su viaje de hace diez años y me encantó escucharla: me di cuenta de lo importante que era para ella ese viaje.

Me acordé de la semana que pasé con mis primos el verano pasado, lo mucho que me divertí y lo feliz que fui.



Capítulo 3

HABLANDO CON PAPÁ.

Al día siguiente Papá había pedido permiso en el trabajo para llevarme a la doctora. Íbamos caminando al Centro de Salud cuando llamó su jefe:

—¿Y por qué no lleva tu mujer al niño al médico?

—Porque tiene un juicio a la misma hora, Enrique, y ella es la abogada, no puede faltar.

—Vaya, bueno, cuando termines vente a mi oficina y nos reunimos.

Yo noté que el jefe estaba un poco enfadado y le dije a Papá:

—Tu jefe cree que llevar a un niño al médico es cosa de mamás.

—Si, bueno, es que como nunca le he pedido permiso para esto, pues le ha chocado un poco, no está acostumbrado.

—Papi, ¿por qué siempre nos lleva ella, es que tu trabajo es más importante que el de Mamá?

—No, son igual de importantes, Manu. Solo que los jefes creen que son las mujeres las que deben hacerlo todo.

—Son unos antiguos.

—Si, se tendrán que acostumbrar a los cambios.

Nos quedamos en silencio. Decidí ser valiente e ir directo al grano:



—Papá, ¿por qué no quieres que Mamá se vaya?, ¿te da miedo que no vaya a volver?

Papá me miró sorprendido:

—No, no es eso. Es que se me hace raro porque Mamá nunca se ha ido sin nosotros.

—Pero tú te fuiste a bucear...

—Si, Manu, pero es distinto.

—¿Por qué es distinto?

Papá se quedó callado de nuevo.

—Mamá me ha dicho que lo necesita, que está muy cansada, y es verdad, Papi. Mamá nunca se divierte.

—Si, lo sé. Pero vosotros aún sois muy pequeños...

—Nosotros vamos a estar bien, porque tú eres muy buen papá y nos vas a cuidar.

—Si, cariño. Yo sé que puedo cuidaros. Es que me siento raro, y bueno, igual necesito tiempo para asimilarlo.

—Si, Papá, ya te acostumbrarás, igual que tu jefe.

Mi padre se echó a reír y se agachó para abrazarme.

—Es cierto, todos los hombres tenemos que acostumbrarnos a los nuevos tiempos.

—Ya verás, Papi, como un fin de semana pasa volando —abre los ojos y le dice, con sonrisa pícaro—: ¡podremos hacer cosas que Mamá no nos deja hacer!, como por ejemplo... ¡comer en

el salón palomitas y chocolate mientras vemos una peli, estar mucho tiempo en la bañera con agua caliente, irnos a la cama a la hora que queramos!

Papá se echó a reír, me acarició la cabeza y me dio un beso.

Yo le di un abrazo muy fuerte y seguimos caminando hacia el centro de salud.



Capítulo 4

LOS REGALOS Y LA LECCIÓN DE MAMÁ

Durante aquella semana, Papá y Mamá estuvieron serios y tristes. En las noches les oía hablar, pero no lograban llegar a un acuerdo. Papá pensaba que si Mamá se iba todo sería un desastre, y Mamá le decía que estaba agotada, y que si ella no lograba cumplir su sueño, entonces sí que sería todo un desastre.

Mis hermanos y yo no sabíamos qué hacer, porque veíamos que Papá tenía miedo, y que Mamá estaba decidida a irse: decía todo el rato que era una cuestión de justicia.

Yo quería ayudarles, pero no sabía cómo.

Al día siguiente, Mamá llegó a casa con una bolsa grande.

—¡Son regalos para nosotros, qué ilusión! – gritó Kika, aplaudiendo emocionada.

—Sí, abriremos la bolsa cuando terminemos de comer –dijo Mamá.

Comimos más rápido que nunca y, cuando terminamos, mamá puso la misteriosa bolsa encima de la mesa y empezó a sacar y a repartir coronas como las de los reyes.



– ¡Yo soy el rey Tolomeo, famoso en el mundo entero! –dijo Papá al ponérsela.
– ¡Yo soy el príncipe Manuel David, y todos se rinden ante mí! –dijo yo.
– ¡Yo soy el príncipe Fede y comiendo soy muy breve! –dijo mi hermano.
– ¡Y yo la princesa Kika, la más valiente, y la más lista! –gritó mi hermana, que le puso a la

pequeña Lola la última corona que quedaba, mientras le decía:

– ¡Tú eres Lola, la Reina de las Olas!

Mamá sacó una corona pequeñita para nuestra gata Kiba y, cuando se la puso, mi hermano Fede preguntó:

– Mamá, ¿y tú no tienes corona?



–No, hijo, no hay más coronas –le enseñó la bolsa vacía–. A mí me toca ser la criada de todos vosotros.

–Pero ser criada es muy aburrido, mamá. Si tú eres la compañera de papá y la mamá de los príncipes, entonces eres la Reina –dijo Kika.

–¿Y quién cocina entonces?, ¿quién le cambia los pañales a Lola?, ¿quién le baña?, ¿quién va al mercado a por los alimentos?, ¿quién hace las camas?, ¿quién limpia las ventanas?, –y un montón de “¿quién hace esto y quién hace lo otro?”, que perdí la cuenta–, Para que existan los reyes, tiene que haber sirvientes. Alguien tiene

que ocuparse de todo, ¿no?

–Pero tú no tienes por qué ser la criada, podemos contratar a alguien que te ayude.

–No somos reyes ni reinas, mi amor, y no podemos contratar a nadie. O nos ayudamos entre todos, o me toca seguir a mí haciendo el papel de criada.

Se hizo silencio. Todos nos quedamos mirando a Mamá. Luego miramos a Papá.

Papá respiró hondo y dio un paso al frente.

–Yo me voy a quitar la corona –dijo Papá–. No es justo que tú no tengas. Además, no quiero vivir bien si para ello hay otras personas que no viven igual de bien que yo. Si tú no puedes ser Reina, yo no quiero ser Rey.

Mis hermanos y yo nos quitamos la corona también.

Lola le quitó la corona a la gata.

–Bien, entonces ahora sin corona, ya estamos todos en el mismo nivel.

–Ahora somos iguales –contestó risueña Kika.

–Sí, y ahora que os habéis quitado la



corona, soy una más –dijo Mamá.
–¡Qué bien! –exclamamos todos.

–Ahora vamos a hacer cambios que mejoren nuestra vida. ¡Empezamos una nueva etapa!
–dijo mi madre.

Repartió papel y lápiz a cada uno, y nos pidió que escribiéramos una lista de cosas que nos gusta hacer en nuestro tiempo libre.

Después, cada uno leyó en voz alta su lista.

La última en leerla fue Mamá, que escribió:

Me gusta caminar y nadar, leer libros, escuchar música, escribir poemas, salir con mis amigas, ir al teatro, bailar, y hacer excursiones a sitios nuevos.

–Mamá, pero tú nunca haces esas cosas –le dijo Fede.
–No, nunca las hago. Pero ahora vamos a hacer un listado de las cosas que siempre hago.

La lista era interminable y nos ocupó dos hojas enteras. Cuando acabamos,

puso en alto las dos listas y nos dijo:
–¿Veis? Yo no puedo hacer las cosas que me gustan porque me encargo yo sola de todas estas otras cosas.

–¿Qué podemos hacer para que puedas disfrutar de las cosas que te gustan?, preguntó Papá.

–Yo lo que necesito es tener tiempo libre, el mismo que tenéis vosotros.

Todos asentimos con la cabeza. Papá escuchaba con mucho amor a mamá, que nos lanzó un reto:

–Ahora os reto a pensar en cómo hacer para que todos tengamos el mismo tiempo libre:



Papá trabaja 8 horas, y vosotros vais al colegio 8 horas, mientras que yo trabajo 8 horas fuera, y 5 en casa.

—Eso suman unas 13 o 14 horas diarias —dije yo, porque se me dan muy bien las matemáticas.

—¡Claro, por eso no tienes tiempo libre! —exclamó Kika—. ¡Es injusto, mamá!

—¡Ya sé, encontré la solución! —dije yo, entusiasmado—. En vez de sumar, hay que dividir. Si cada uno de nosotros le dedica una hora a las tareas que tú haces, tú también podrás

dedicarle una hora, y tener tanto tiempo libre como nosotros.

—Eureka, hijo. Repartamos tareas entonces. ¿Os parece justo?

A todos nos pareció justo. Nunca nos habíamos planteado que mamá tuviera derecho a tener tiempo libre, igual que los demás miembros de la casa. Creíamos que trabajaba tanto porque en casi todas las casas son las mamás las que hacen todo. Pero mamá nos contó que había familias en las que todos contribuyen de manera igualitaria, y que nosotros íbamos a conseguir ser una de ellas.

Mamá nos contó que las mujeres tienen los mismos derechos que los demás:

—Tenemos derecho a descansar, a ser cuidadas cuando enfermamos, tenemos derecho a tener tiempo libre y a disfrutar de las cosas que nos gustan.

—¡Y también tenemos derecho a viajar! —gritó Kika.

Todos asentimos con la cabeza.

—Pero para que las Mamás podamos disfrutar, es necesario que todas y todos aprendamos a cuidar. Cada uno tiene que aprender a cuidarse a sí mismo, cuidar a los demás, cuidar la casa que habitamos y el planeta en el que vivimos.



—¡Yo cuido mucho el planeta, Mamá! —dijo Kika.
—Claro que sí, por eso ahora también vas a aprender a cuidar tu habitación y tu casa.

Cogió la lista de tareas y empezó a distribuirlas, y como nos vio la cara de susto que teníamos, nos sonrió y nos dijo:

—No os preocupéis, os voy a enseñar a todos a hacer estas tareas durante los primeros días. Para que el reparto sea justo nos vamos a turnar cada semana, de manera que todos podamos hacer de todo. Así, cuando yo me vaya, ésta casa no será un caos: todos sabréis hacer de todo, y cuidaros entre vosotros aunque Mamá no esté.

—Todas las personas podemos aprender a hacer bien las cosas, sobre todo aquellas que nos hacen felices y les hace sentir bien a los demás, para ello hay que ponerle voluntad, dedicación, compromiso, e ilusión. Así aprenderemos a cuidar de nosotros y a cuidar de las personas a las que queremos y nos importan.

Mamá y Papá se dieron un abrazo muy largo, y todos sonreímos.

—Mariana, he visto en las noticias que los días de vuestro viaje va a hacer un poco de frío, llévate ropa de abrigo a la montaña —dijo Papá—.

—Mamá, y una linterna —dije yo, muy contento al escuchar las palabras de Papá.

—Y un saco de dormir calentito, y tus calcetines de lana —dijo Kika.

—Y tienes que llevarte crema de protección solar, tus botas de montaña, la tienda de campaña y la cámara de fotos —dijo Fede.

—¿Me traerás piedras para mi colección? —preguntó Kika.

—¡Claro! —exclamó Mamá mientras soltaba una carcajada.



CAMINANDO HACIA EL CAMBIO



Día 1

El primer día aprendimos a:

- Cuidarnos a nosotros: tomamos conciencia de lo importante que es lavarnos las manos, la cara, los dientes.
- Limpiar nuestro cuerpo entero.
- Vestirnos y a peinarnos.
- Cuidar nuestra salud mental y emocional: Mamá nos propuso que todos los días en la cena habláramos de cómo nos sentíamos, porque es muy importante cuidar nuestras emociones, hablar de ellas y compartirlas, para que no nos hagan daño a nosotros, ni a los demás.



Día 2

El segundo día nos enseñó a:

- Cuidar a Lola: cambiarle los pañales, prepararle su comida, cambiarle de ropa.
- Cuidar a Kabi, nuestra gata: limpiar su arena, llenar sus cuencos de agua y comida, limpiar su camita de pelos.
- Preparar cada día la cocina para sentarnos a comer, y para recoger la mesa al finalizar.
- Regar las plantas y a quitar las malas hierbas del huerto.



Día 3

El tercer día nos dedicamos a:

- Ordenar nuestras habitaciones.
- Hacer nuestras camas.
- Organizar nuestros juguetes.
- Limpiar nuestro espacio.



Día 4

El cuarto día lo pasamos en la cocina. Mamá nos enseñó muchas cosas:

- Planificar los menús de la semana.
- Cocinar comidas sencillas.
- Fregar los cubiertos, las ollas y los platos.
- Secar y colocar la vajilla en su sitio de nuevo.
- Reciclar la basura



Día 5

El quinto día lo dedicamos a hacer coladas:

- Poner la lavadora.
- Tender la ropa en la cuerda del jardín.
- Doblar ropa y colocarla en los armarios.



Día 6

El sexto día fue sobre la limpieza:

- Limpiar los suelos con la escoba y la fregona.
- Limpiar las ventanas con papel de periódico.
- Limpiar el polvo de los muebles.
- Limpiar los electrodomésticos.
- Limpiar las puertas y los interruptores de la luz.
- Limpiar los baños.



Día 7

El séptimo día hablamos sobre la importancia de ayudarnos unos a otros, de repartir los tiempos de trabajo de manera igualitaria, de tener tiempo para descansar y divertirnos, de ser

solidarios y cuidarnos a nosotros mismos y a los demás.

Mamá nos lanzó esta pregunta: ¿Además de todas las tareas domésticas que habéis aprendido, qué podríais hacer vosotros para que las vidas de los demás sean más fáciles y más bonitas?

Kika se ofreció para ser la doctora de nuestros juguetes: a ella se le da muy bien arreglarlos y le gusta limpiarlos y ordenarlos. También se ofreció para elegir una lista de canciones ideal para las tareas de la casa.

Fede se ofreció para trabajar en el huerto porque le encanta sembrar y recoger comida, y llevarla a la mesa para cocinarla.

Yo me ofrecí para ayudar a arreglar las averías de la casa, y para ser el guardián del tiempo: avisar a la familia cuando era la hora de cocinar y comer, la hora de hacer los deberes, la hora de jugar, la hora de limpieza y cuidados de la casa, la hora de ponerse el pijama e irse a dormir.

Papá se ofreció para ayudarnos con los deberes del colegio, y desde entonces las tareas son mucho más sencillas para todos nosotros.

Mamá se ofreció para leernos un cuento las noches de los fines de semana. Nos encanta quedarnos dormidos escuchando su voz, tan suave y acogedora.

Así fue como descubrimos que cada uno de nosotros es importante para los demás, que somos capaces de asumir los cambios, y que unidos, podemos hacer todo lo que nos propongamos en la vida: basta con ponerle mucho amor y atención a todo lo que hacemos.

Capítulo 6

Y LLEGÓ EL DÍA

El día que Mamá se fue de viaje, estaba muy contenta, y antes de irse, nos dijo que se sentía muy orgullosa de todos nosotros, porque en pocos días nos habíamos vuelto mucho más responsables, cuidadores y solidarios:

—Ahora somos un gran equipo, y es gracias a vuestra generosidad y vuestro amor.

—Somos como una orquesta, Mamá: suena bien la melodía porque vamos todos al compás —dijo Kika.

—Eso es, mi amor.

—Somos como un grupo de teatro, cada cual pone lo mejor de sí para que la obra funcione y el público se divierta —dijo Fede.

—O como un equipo de baloncesto: todos metemos canastas y todos ganamos el juego —dije yo.

—Mariana, disfruta de tu viaje y no te preocupes por nosotros, ¡vamos a estar muy bien! —dijo Papá—. Y cuando regreses, te daremos un gran abrazo y estaremos deseando que nos cuentes todas las aventuras del viaje.

—Te daremos un abrazo de despedida y otro de bienvenida —dije yo, y nos juntamos todos para rodearla de amor.



Mamá volvió muy feliz de su viaje, y nos anunció que todos los años ella y sus amigas se iban a juntar para celebrar su amistad.

A partir de ese viaje, nuestra vida cambió: desde que Mamá empezó a tener tiempo libre para hacer las cosas que le gustaban, ya no está siempre agotada, a menudo canta y casi siempre está de muy buen humor.

Ahora nos ayudamos entre todos, nuestra casa está más limpia y ordenada, y tenemos

más tiempo los fines de semana para salir de excursión y hacer planes juntos.

Lo mejor de los cambios es que ahora sabemos cuidar a Mamá, cuidarnos a nosotros mismos, y cuidarnos entre todos: le damos valor a los cuidados, nuestra vida es mucho mejor, y yo me siento mucho más feliz.

Espero que os haya gustado nuestra historia, y que os ayude a hacer cambios y a ser más felices también.





Un cuento de
Coral Herrera Gómez

Diseño e Ilustración
Jorge Morales Cabonell - Tenqué -

Coordinación
Getting Better

Publicado por
Ayuntamiento de Humanes

